

La crispación como objetivo

JORDI SÀNCHEZ
EL PERIODICO DE CATALUNYA, 8.03.07

Si alguien tenía dudas de hasta dónde se podía llevar la tensión en la política española, habrá que suponer que ya tiene claro a estas alturas que no hay horizonte final en ese trayecto de crispación. Hace ya muchos meses que analistas, periodistas y ciudadanos en general llevamos constatando periódicamente que se cruzaban nuevas líneas en ese escenario de tensión. Hoy ya deberíamos saber que se van a cruzar todas las líneas que sean necesarias porque para los *tensionadores* no son en absoluto relevantes los límites que se supone que debería respetar toda actuación política en democracia.

La tensión ha dejado de ser un mal menor en la estrategia política del principal partido de la oposición, para convertirse ella misma en un objetivo. Si hay una brecha a partir de la cual se intuye una posibilidad de desgaste del Gobierno, hay que aprovecharla. Y si en ese aprovechamiento hay daños colaterales para la credibilidad de la política entre los ciudadanos, hay un debilitamiento de la convivencia, una erosión a instituciones públicas o privadas, o se rompen los puentes de diálogo que nunca se deberían romper, pues mala suerte, deben de pensar los conservadores.

Entre 1993 y 1996, la política española ya vivió algo muy parecido. La tensión se convirtió en la palanca necesaria que **Aznar** utilizó para hundir al PSOE, y también en ese periodo esa estrategia fue debidamente armonizada con los medios de comunicación afines. La diferencia entre aquel momento y ahora es, por un lado, que el PSOE de los años 90 tenía un armario lleno de porquería tras una década de ocupar la Moncloa y, por otro, que el Partido Popular era virgen por lo que a la gestión gubernamental se refiere. Hoy todo es distinto. El PSOE ya pagó por sus errores con su paso por la oposición, y el PP tiene un pasado de Gobierno que no puede olvidar, especialmente en decisiones similares a las que ahora utiliza para tensionar.

En el peor de los escenarios hay que imaginar que quedan aún unos 12 meses de crispación, en cualquier caso los mismos meses que faltan para las elecciones legislativas. Las dudas nos pueden invadir si nos preguntamos qué puede ocurrir si el PP no gana las elecciones. Es difícil imaginar que la política española pueda sostener sin unas consecuencias irreversibles otros cuatro años esta crispación. No habría que olvidar que la cultura política de los españoles tiene muy presentes las huellas que el franquismo le dejó. Unas huellas que facilitan la existencia de todos los fantasmas que gustan de menospreciar la política y que, quizá sin saberlo, también debilitan la democracia. La derecha española debería decidir si apuesta a toda costa por el poder o apuesta por la buena salud democrática a pesar de estar en la oposición.